

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

ASIRSE

## DE UN CABELLO,

PROVERBIO EN UN ACTO,

ARREGLADO LIBÉRRIMAMENTE A LA ESCENA ESPAÑOLA

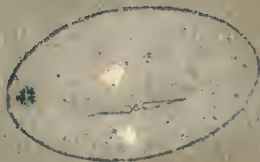
POR

**DON FRANCISCO CAMPRODON.**

---

SEGUNDA EDICION.

---



MADRID. 13

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1878.

# AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878

TÍTULOS.

Actos.

AUTORES.

Prop. q  
correspon

## COMEDIAS Y DRAMAS.

Bodas trágicas.....	1	D. José Echegaray.....	Todo.
Como se empieza.....	1	Miguel Echegaray...	»
Contra soberbia humildad.....	1	José del Castillo.....	»
El afán de bullir.....	1	Mariano Chacel.....	»
El amor y la sotana.....	1	J. y Tomás de Asensi	»
El arte de ser feliz.....	1	José Hernandez.....	»
El sargento y el patán.....	1	Cárlos Calvacho.....	»
El secreto del tío.....	1	Manuel Ossorio.....	»
El tío Anguilla.....	1	Antonio Rodriguez..	»
Enmendar la plana á Dios.....	1	E. Zamora y Caball.º	»
Entre dos Manzanos.....	1	Mariano Chacel.....	»
Jugar con la misma carta...	1	Tomás de Asensi.....	»
La bruja Celestina.....	1	Cárlos Calvacho.....	»
La locura de amor.....	1	E. Z. y Caballero...	»
La más preciada riqueza.....	1	Franc. Flores García.	»
La perra de mi mujer.....	1	J. Jackson Veyan...	»
Las dos bellezas.....	1	Leopoldo Parejo....	»
Los sustos.....	1	Antonio Rodriguez..	»
Llevar la corriente.....	1	F. Flores García....	»
Peor que mi suegra.....	1	Eduardo Navarro....	»
Quedarse zapatero.....	1	Ednardo Guillen....	»
Quiebras del oficio.....	1	P. M. Barrera.....	»
Una chica alemana.....	1	E. de S. Fuentes....	»
Una palabra empeñada.....	1	M. Baquero.....	»
Un defecto.....	1	Franc. Flores García.	»
Vaya un viaje.....	1	Pascual y Cuellar....	»
¡Al santo, al santo!.....	2	M. Echegaray.....	»
Bueno como el pan.....	2	E. C. Navarro.....	»
Curarse de mal de suegra.....	2	M. Vallejo.....	»
La filoxera del poder.....	2	Mariano Chacel.....	»
La locura contagiosa.....	2	E. Zamora y Caballero	»
Algunas veces aquí.....	3	José Echegaray.....	»
Contra viento y marea.....	3	M. Echegaray.....	»
Correr en pos de un ideal.....	3	José Echegaray.....	»
Cuenca por Alfonso VIII.....	3	R. Borlado.....	»
El Doctor Diógenes.....	3	J. Zorrilla y Pacheco.	»
El yerno del señor Manzano.....	3	E. Carbou y J. Martín y Santiago.....	»
Grandezas Humanas.....	3	J. A. Cavestany.....	»
La primera en la frente.....	3	Luis Pacheco.....	»



# ASIRSE DE UN CABELLO,

PROVERBIO EN UN ACTO,

ARREGLADO LIBÉRRIMAMENTE A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

**DON FRANCISCO CAMPRODON.**

Representado por primera vez en el Teatro del PRINCIPE el 18  
de Abril de 1868.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.  
1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

MILIA..... SRA. DIEZ.  
RICARDO..... SR. CATALINA (D. Manuel).

*La propiedad de este proverbio, la de*

Flor de un día.                      Libertinaje y pasión.  
Espinass de una flor.              Una ráfaga.

*y la del libreto de las zarzuelas*

El Dominó azul.	Un pleito.
Los Diamantes de la Corona.	Beltran el aventurero.
Tres para una.	Un Cocinero.
Guerra á muerte.	¡Quien manda manda!!
El Vizconde.	El diablo las carga.
El Diablo en el poder.	El zapatero y el banquero.
El Lancero.	El gran bandido.
Juan Lanas.	Del palacio á la taberna.
El relámpago.	Los dos mellizos.
Una vieja.	Los suicidas.
Una niña.	Marina.
La Jardinera.	Galatea.
Por conquista.	El pan de la boda.

*pertenece á la Viuda é Hijos de Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

*Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.*



## À MI HIJA CÁRMEN.

Confieso, hija mia, que desconfiaba un tanto del fallo público, al ofrecerle un proverbio serio, filosófico y de intencion moral, reducido á dos personas y á una sola escena.

Es cierto que el deseo de vencer esa grave dificultad, me hizo poner mis cinco sentidos en defenderlo con más empeño, empleando en él mucho más tiempo del que me han costado las obras de más extension é importancia; pero dudo que mis fuerzas hubiesen bastado á sacarlo á flote, sin la eficaz ayuda de Matilde Diez y Manuel Catalina, á los cuales no sé qué agradecer más, si el esmero artístico de que han hecho alarde en los minuciosos detalles de su inmejorable ejecucion, ó el cariñoso interés que he encontrado en ellos desde que les hice la primera insinuacion de mi obra.

Pueden ambos tomar la parte que quieran en la gloria del éxito: por grande que la tomen, se la otorgo ganada en buena ley, y lo ménos que les debo es este público testimonio de mi gratitud y aprecio.

Despues de esto, te la dedico como uno de mis trabajos más concienzudos y como prenda de cariño de tu

Papá.



---

## ACTO ÚNICO.

---



El teatro representa el elegante cuarto de tocador de una distinguida dama. Dos puertas con hojas en el fondo; la de la derecha comunica con el interior de la casa, con forrillo; la de la izquierda será el dormitorio de Emilia, cuya cama es bueno que se vea. Entre las dos puertas gran chimenea encendida. En primer plano derecha un sofá; en primer plano izquierda tocador con neceser y demás cosas; alguna entrega de obras. En segundo plano izquierda una puerta. En el centro velador con candelabros, que puede también estar sobre la chimenea, sillas, sillones, sofá, etc.

### ESCENA PRIMERA.

EMILIA y RICARDO, entrando de vuelta de un baile de etiqueta, ella con abrigo y él con paletó y una palmatoria encendida, al entrar en el cuarto se quita el sombrero.

EMILIA. (Dirigiéndose al tocador á quitarse el abrigo, guantes, pulseras, etc. El autor encarga á las actrices que desempeñen este papel, las maneras del más esquisito buen tono, y una dición de risueña indiferencia en toda la primera escena, y un juego de movimiento de completa naturalidad.)

Para mí, la de más gusto

era la de Villalar;  
es una mujer que tiene  
una gracia sin igual.

Ric. Despues de tí.

EMILIA. (Volviendo la cara con sorpresa desde el tocador.)

Muchas gracias,  
marido; de cuándo acá?

Ric. De siempre: sabes que yo  
nunca falto á la verdad.

EMILIA. (Encogiéndose de hombros.)

Me extraña: dicen que tú eres  
hoy su... influencia.

Ric. No hay tal:

nunca he tenido con ella  
nada de particular.

EMILIA. Pues hijo, el perder el tiempo  
no es de profesores.

Ric. Ya!

más... *non sempre chiusa ai popoli*  
*fú la lacuna fatal:*

todo quiere su sazon.

¿Sabes que este cuarto está  
más confortable que el mio?

EMILIA. De veras?

Ric. Sí, mucho más:

el mio es una nevera,  
y aquí hay un ambiente, tan...

EMILIA. Siéntate un rato si quieres,  
y te puedes calentar.

Ric. ¿No te desnudas aún?

EMILIA. No es tan urgente, tiempo hay.

Ric. Sentiría incomodarte.

EMILIA. No, hombre, no; si jamás  
me acuesto ántes de las dos.

Ric. Entónces, voy á abusar  
de tu ofrecimiento un rato.

(Deja la palmatoria sobre el velador y se sienta á  
la derecha del mismo, mientras Emilia continúa  
en el tocador.)

EMILIA. Caballero, usted está  
en su casa.

Ric. (Con risueña intencion.)



Házmelo bueno.

EMILIA. (Sin darse por entendida.)

Decías que mi *buduar*  
tiene buen gusto, eh?

Ric. Muchísimo:  
yo no conozco otro igual.

EMILIA. (Con malicia.)

Pues tú... conoces bastantes.

Ric. (Sin recoger la alusión.)

No sé cómo os arreglais  
para darle este... Si vieras  
mi cuarto que frío está!

EMILIA. Será por desidia tuya:  
por qué no haces preparar  
la chimenea con tiempo?

Ric. Porque yo soy un Adán.

EMILIA. (Viniendo á sentarse á la izquierda del velador.)  
Da órden á tu criado  
que la cuide.

Ric. Bueno está  
mi criado! Hoy he salido;  
y como casi jamás  
vuelvo hasta hora de comer,  
cuando como aquí...

EMILIA. Lo cual  
no es muy frecuente.

Ric. Ello es que

tuve por casualidad  
que dar á muy poco rato  
la vuelta, para tomar  
dinero, y entré de pronto  
y me encontré al perillan  
envuelto en mi bata rusa,  
tumbado sobre el sofá  
y fumándose mis puros  
en mi pipa, hecho un sultan.

EMILIA. (Sonriendo con indiferencia.)

Tal vez sería que el pobre  
la querria culotar.

Ric. Yo sí que le culoté  
zurrándole el cordoban  
y poniéndole en la calle

de patitas; y de hoy más,  
cierro mi cuarto y me llevo  
el llavin en el gaban.

(Lo saca y enseña.)

Estar en Sierra Morena  
ó en Madrid, todo es igual.

(Emilia se cubre la boca con un pañuelo como si  
bostezara ligeramente.)

Perdona, es la una, y veo  
que empiezas á bostezar,

(Levantándose.)

y te estoy importunando.

EMILIA. No.

RIC. Tu excesiva bondad  
nunca diría otra cosa;  
me retiro á descansar.

EMILIA. Como quieras.

RIC. (Tomando la palmaria,)

Esta noche,  
por sufragio universal,  
eras la reina del baile.

EMILIA. (Emilia levantándose y dirigiéndose al tocador á  
buscar una entrega.)

Eso, tal vez, andará  
en opiniones; apuesto  
á que á tí te gustó más  
la de Cierzo.

RIC. No por cierto:  
nunca tuvo la mitad  
del gusto que tú en vestirse:  
no me he podido acercar  
á ninguna que, creyendo  
halagar mi vanidad,  
no me dijese: «Ricardo,  
Emilia está celestial.»

EMILIA. (Volviendo del tocador con la entrega.)  
Más vale así, porque á mí,  
á decirte la verdad,  
sólo me lo han dicho ellos.

RIC. Lo creo.

EMILIA. Y es natural;  
los hombres lo dicen siempre,

siquiera por halagar:  
como eso no cuesta nada...

RIC. Ah, pérfida! (Sonriendo.)

EMILIA. Yo?

RIC. Sí tal.

¡Qué bien has coqueteado!

EMILIA. Un poquito y nada más.

RIC. Pues...

(Deja la palmatoria y va á apoyarse con los dos brazos en el respaldo de un sillón, y Emilia se queda de pie, apoyando las manos en el velador, en la parte opuesta.)

cuando te levantaste

á romper el primer vals

con el vizconde, tenías

una sonrisa fugaz

de íntima satisfaccion,

y un *sheek* tan espiritual

de indolencia y de abandono...

EMILIA. Te lo han hecho reparar  
tambien ellas?

RIC. No por cierto:

ellas no cazan jamás

esos toques en su sexo;

los efectos del iman

no es el iman quien los siente,

sino el acero.

EMILIA. Y qué más?

RIC. Que me daba envidia el verte

presa en brazos de un galán

tan pavo como el vizconde,

que, de fijo, es incapaz

de saberte dar el culto

que merece tu beldad.

EMILIA. (Con risueña malicia.)

Enséñaselo: estoy cierta

que él te lo agradecerá.

RIC. Si es un trompeta.

EMILIA. ¿Un trompeta?

Pues toca muy regular.

RIC. Esa es la fama de moda  
que las mujeres le daís.

- EMILIA. Pues cree que las mujeres  
de balde nunca la dan.  
¿Quién te ha dado á tí la tuya?
- RIC. Creo merecerla más,  
y deseaba probárselo  
contigo misma.
- EMILIA. (Riendo.) Já! já!  
Hubiera tenido gracia  
que á los dos años de estar  
en completa interrupcion  
de trato de intimidad,  
tú en tu cuarto y yo en el mio,  
sin permitirnos jamás  
traspasar ni una vez sola  
la frontera conyugal,  
te hubiese dado esta noche  
por venirme á enamorar.
- RIC. Tuve grandes tentaciones  
de emprenderlo.
- EMILIA. (Con indiferente despegó.) Quitá allá.
- RIC. ¿Qué me habrías contestado?  
vamos á ver: la verdad.
- EMILIA. Qué sé yo! Esas escenas  
no las ensayo jamás.
- RIC. Te parece si mi voz  
hubiera sabido hallar  
eco en tu alma?
- EMILIA. (Eludiendo alegremente.) Has bailado?
- RIC. (Gesto de contrariado.)  
No bailo: veo que estás  
muy distraída esta noche.
- EMILIA. Me has visto bailar el vals?
- RIC. (Mohino.)  
Sí: y por cierto que el vizconde...
- EMILIA. (Con imperiosa aspereza.)  
Déjale al vizconde en paz.  
¿Se mete acaso él contigo?
- RIC. Toma! ya se guardará.
- EMILIA. Estás más tonto!...
- RIC. Por qué?
- EMILIA. Por nada. Vete á acostar.  
(Se levanta y se dirige al tocador.)

RIC.      Sí eh?

(Toma la palmatoria y despues de una breve pausa.)

Vaya.... buenas noches.

EMILIA.    Muy buenas, abur. (Sin volver la cara.)

RIC.      (Se encoge de hombros despues de volver los ojos á Emilia, que estará de espaldas.)

Está!... (Ap.)

(Esta palabra la explicará con el gesto que dé á entender, «Está asperilla, pero divina;» me contraría el dejarla ahora. Váse por donde entró.)

## ESCENA II.

EMILIA.

Es menester que concluya  
su imperdonable desvío;  
ó de hoy más es todo mio,  
ó no vuelvo yo á ser suya.  
Esos hombres de talento  
creen, que al darnos su nombre  
lo han hecho todo; y que el hombre  
se casa por cumplimiento;  
y el contrato conyugal  
va siendo ya, en el buen tono,  
como... una especie de abono  
para el Teatro Real,  
en que sólo hay compromiso  
hasta fin de temporada;  
esa escuela depravada  
ha de acabarse, es preciso.  
Eso de que impunemente  
á sus anchas se revuelva,  
y hasta que vuelva... ó no vuelva,  
séale usted consecuente;  
en dejándose lo hacer,  
para el hombre es una breva;  
pero... pone á dura prueba  
la virtud de la mujer.  
Yo tambien tengo pasiones;  
y el verle de otras en pos  
hace una sangre... que... Dios

nos libre de tentaciones.  
Con tan procaz desenfreno  
no hay dignidad que transija;  
y á no mediar nuestra hija...  
ya vería lo que es bueno.  
Tentaré el postrer partido  
para traerle á la mano:  
si le gano... eso me gano;  
si le pierdo... ¡más perdido!...

(Transición reflexiva.)

¿De qué vacío adolece  
el alma de la mujer,  
que haya siempre de querer  
al que ménos lo merece?

(Pausa.)

¿Cómo no vuelve? qué hará?

(Se acerca á la puerta á oír.)

Oigo que riñe á un criado.

(Con intencionada seguridad.)

Esta noche no hay cuidado,  
ya sé yo que volverá.

(Va á sentarse á la izquierda del velador, toma la  
entrega y hace que lee.)

### ESCENA III.

EMILIA y RICARDO llamando á la puerta.

RIC. Emilia.

EMILIA. Qué?

RIC. Das permiso?

EMILIA. Adelante.

(Entra Ricardo con la palmatoria en una mano y  
el llavín en otra.)

Qué ha pasado?

RIC. Que mi maldito criado  
me ha puesto en un compromiso.  
Sin duda ántes de salir,  
por la zurra que llevó,  
la cerradura rompió,  
y ahora no puedo abrir.

EMILIA. (Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

- Ric. Pardiez!  
¿te figuras que lo invento?  
(Emilia le mira sonriendo con malicia.)  
¿Á que crees que es un cuento  
para volver otra vez?
- EMILIA. No, hombre; no creo nada.
- Ric. Si me lo das á entender!  
Ven conmigo, vas á ver  
de qué modo está cerrada.
- EMILIA. Que esté cerrada ó abierta  
qué más me da! ¿Es porfía  
que coja una pulmonía  
para ir á ver tu puerta?
- Ric. No; pero probarte quiero  
que si la puerta no cede  
por más que empuje, procede...
- EMILIA. Que llames al cerrajero.
- Ric. En efecto; es el remedio  
más eficaz... pero ahora...  
me parece que la hora  
es algo...
- EMILIA. No sé otro medio. (Lee.)  
(Pensa de Ricardo, mira su llavin.)
- Ric. (Contrariado y como para sí.)  
Cuando el diablo se desata...  
(Sopla en el llavin y lo hace silbar dos ó tres  
veces.)
- EMILIA. Vienes á darme un concierto  
de llavin?
- Ric. Perdona, es cierto;  
esta música no es grata.  
¡Qué diablo! y el caso está  
que si no consigo abrir,  
no sé dónde iré á dormir.
- EMILIA. (Indiferente.)  
Ahí tienes un sofá.
- Ric. (Gesto de disgusto mirando el sofá. Mirando á  
Emilia, que lee y para sí.)  
Si encontrara algun resorte  
sin rendir el pabellon...  
(Alto y apoyando los brazos en el respaldo de una  
silla.)

Qué lees?

EMILIA. Una escursion  
de ingleses al polo Norte.

RIC. ¿No se helaron?

EMILIA. No.

RIC. Raro es,

añí se hielan en breve.

¡Se toma entre aquella nieve  
cada sorbete de inglés!

¿y está bien escrito?

EMILIA. Sí.

RIC. Será muy interesante  
segun parece.

EMILIA. Bastante.

RIC. Cuánto mejor se está aquí!

EMILIA. Segun.

RIC. (Con intencion.) Lo que es yo, prefiero  
oir tu voz deliciosa,  
á esa region nebulosa  
de cincuenta bajo cero.

EMILIA. Gracias.

RIC. Pero amiga, el polo  
va helando por gradacion  
hasta tu conversacion,  
y me deja hablando solo.

EMILIA. Venías á hablar conmigo?

RIC. Si no te fuese molesto,  
lo prefiriera.

EMILIA. Protesto  
que no caí en ello, amigo.  
(Deja el libro.)

Despues de esa quisicosa  
de la puerta, me creí  
que sólo entrabas aquí  
por... arribada forzosa.

RIC. Por Dios, Emilia. (Me ha hundido.)

EMILIA. Pero si has venido á hablar,  
(Lo cierra.)

estoy dispuesta á escuchar  
cuanto quiera mi marido.

RIC. Pues... sí. Fijé hoy mi atencion  
mucho y mucho en tí;



(Gesto de extrañeza en Emilia.)

de veras;

y si me lo permitieras  
te haría una observacion.

EMILIA. Sobre?

Ric. Sobre que contigo  
sabes que no soy celoso;  
y nunca hablo como esposo,  
sino como un buen amigo.  
¿Quieres un consejo oír?

EMILIA. Si es tuyo, con fruicion:  
pero.. con la condicion  
de que no lo he de seguir.

Ric. Harás muy mal.

EMILIA. Qué se yo!

Ric. Porque al dártelo, sería  
por tu bien.

EMILIA. Apostaría  
á que es por el tuyo.

Ric. No.

EMILIA. De veras!

Ric. Bien sabes que  
muy libre la accion te dejo.

EMILIA. Cierto. Venga ese consejo  
dado de tan buena fe.

Ric. Pero, en confianza completa;  
me prometes previamente  
contestarme francamente  
á una pregunta concreta?

EMILIA. Segun... cual.

Ric. Sin tu respuesta,  
base de la discusion,  
no hay consejo ni hay cuestion.

EMILIA. ¿Cuál es la pregunta?

Ric. Es esta.

Des que en nuestra sociedad,  
en virtud de anchas reformas,  
suplimos con buenas formas  
la falta de intimidad,  
en la plena independencian  
con que usas de tu derecho;

(Rebuscando manera delicadísima de decir.)

¿No tienes nada... en tu pecho...  
que... moleste tu conciencia?

Ya ves, solitos estamos,  
y esta es mi pregunta sola.

EMILIA. (Riendo.) Pues apenas trae cola  
la pregunta, que digamos!

RIC. Ninguna absolutamente,  
no es que pretenda saber;  
si no quieres responder  
hago punto y tan corriente;  
y en fe de que tu marido  
nunca te puede acusar,  
que empiezo por confesar  
que yo obré... como un perdido.

EMILIA. Ya es algo! y quieres saber...

RIC. Si mientras perdido anduve  
oscureció alguna nube...  
el cristal de la mujer.

Hélo aquí sin reticencia.

(Emilia pasa sus dos manos por la cara y se queda  
apoyando la cabeza en los índices y mirando al  
techo en actitud reflexiva.)

¿Lo estás buscando en el techo?

(Esto debe ser dicho sonriendo, pero con mal di-  
simulada zozobra.)

EMILIA. La pregunta que me has hecho  
pide exámen de conciencia.

RIC. Pero... su historia pasada  
quién no sabe de memoria?

EMILIA. Pues bien, en toda mi historia  
no hay ninguna hoja manchada.

RIC. (Dando una ancha respiracion y tomándola la ma-  
no por encima del velador.)

Puesto que aún brilla en tí  
de la pureza el reflejo,  
escucha mi gran consejo:

(Con festiva ligereza.)

procura seguir así.

EMILIA. (Retirando la mano con mal contenida ira.)

¿De veras, eh? pues amigo,  
yo contesto al consejero

(Levantándose y con toda la energía de la digni-

dad ofendida.)

que en mi cuarto no tolero  
que se divierta conmigo.

RIC.

¿Divertirme en eso? Cá!  
hoy al vizconde observé,  
y sólo con verle, sé  
fijamente á dónde va.  
No tengas duda: yo leo  
en la pupila encendida  
de un hombre, muy definida  
la extension de su deseo.  
Si fueses tú una mujer  
ducha en las lides de amor,  
de esas mil, cuyo pudor  
tiene poco que perder,  
no te hubiera dicho nada:  
¿quién, á no ser insensato  
pierde el tiempo en el ornato  
de una vasija quebrada?  
Pero al ver tu limpia fama  
tal vez espuesta á un azar,  
en que puede naufragar,  
el buen nombre de una dama;  
ántes que tome un mal sesgo  
la que bien obró conmigo,  
á fuer de hidalgo y de amigo  
quiero advertirla del riesgo.

EMILIA.

Hé aquí un orador de talla  
que acabará por probarme  
que aun debo felicitarle  
de que él sea tan canalla.

RIC.

Por Dios, Emilia; hazte cargo  
que esa calificacion  
es algo...

EMILIA.

(Atajando ligera.) Tienes razon,  
eres un pilla muy largo.

RIC.

(Carinoso y risueño.)  
Oye bien, que esta cuestion  
vale la pena.

EMILIA.

(Risueña y complaciente.)  
Te escucho.

RIC.

Emilia, tú vales mucho.

en belleza y corazon.  
La mujer de tu valía  
que guarda entero el pudor,  
no tiene riesgo mayor  
que el de una pasión tardía:  
porque así que su persona  
ha alcanzado su apogeo...

EMILIA. ¿Á que con tanto floreó  
me vas á llamar jamona?

RIC. Sería una grosería  
y una injusticia además,  
hoy más que nunca, que estás  
en tu pleno medio día:  
pero ese mismo período  
que toca al supremo grado  
de un pasajero reinado  
en que se avasalla todo,  
tiene para la mujer  
un brillo tan seductor,  
que aun perdido con honor  
duele mucho de perder.  
No hay mujer que haya negado  
que los ojos se le mojan  
cuando los años deshojan  
las flores de su reinado:  
y una nube de tristeza  
vela de tibios colores  
la caída de esas flores  
honradas por la pureza.  
Pero al fin, á su pesar,  
en el espejo divisa  
cierta nieve...

(Señalando canas en el cabello. Viva impresión de Emilia.)

que la avisa  
que es la hora de abdicar.  
Si baja del pedestal  
con su dignidad entera,  
halla en la grada postrera  
el respeto universal:  
queda algo en su limpia frente  
que obliga al mundo, á su paso,

á inclinarse ante el ocaso  
de la persona decente.  
Mas si esa misma beldad,  
en su apogeo boyante,  
escucha un día á un amante  
á quien quiere de verdad,  
y le halaga de tal modo  
su figura ó su renombre,  
que dice al fin: «por ese hombre  
voy á jugármelo todo;»  
al dar el paso indiscreto  
que por siempre la extravía,  
tal vez no sucumbiría  
si supiese el gran secreto:  
y es, que el hombre se fascina  
por la belleza exterior,  
y siente helarse su amor  
cuando la beldad declina;  
y entónces, por muy pintada  
que ella se ofrezca á su vista,  
no hay amante que resista  
á una belleza arrugada;  
y en la mirada glacial  
del hombre á quien rinde el tédio,  
lee claro: «no hay remedio;  
esto ha llegado al final:»  
y peor que en Váterló,  
con llanto que el alma brota,  
ve que en su plena derrota  
ni aun el honor se salvó.

EMILIA. Resulta de ese argumento,  
que si con talento y fama  
te dedicas á una dama,  
y á fuerza de sentimiento  
la haces al fin criminal,  
por ceder ella á tu halago,  
tú le preparas en pago  
ese bonito final!

Si hay justicia que aplicar  
en este caso, á mi ver,  
al llorar esa mujer  
á tí te deben ahorcar.

- RIC. Mi falta no la dispensa  
de defenderse con brío,  
porque si el ataque es mío,  
suya sola es la defensa.  
¿Por qué al verse amenazada  
el camino no me cierra?
- EMILIA. Porque hay tu refrán de guerra  
que dice... plaza sitiada!...  
que la obliga á sucumbir  
tras de un cerco prolongado.  
¿Te figuras que á tu lado  
no he aprendido á discutir?
- RIC. Que doble la artillería  
si estima su honor de veras.
- EMILIA. Si tú no la persiguieras  
no la necesitaría.
- RIC. Que defienda su buen nombre.
- EMILIA. Lo defiende mientras puede.
- RIC. Suya es la culpa si cede.
- EMILIA. La principal es del hombre.
- RIC. Por Dios, hija, esa razón  
es absurda.
- EMILIA. Es concluyente.
- RIC. No hay paridad.
- EMILIA. La hay.
- RIC. (Levantándose exasperado.) Corriente,  
se acabó la discusión.  
(Se pasea agitado y se para de repente ante el  
público.)  
¡Me saca de mis casillas!  
Cuántas más pruebas le doy  
más terca está.
- EMILIA. (Ap. Desde su asiento, con saña y resuelta intención.)  
Lo que es hoy  
te has de poner de rodillas.  
(Pausa en que ella se hace la distraída y prorrumpe  
de repente en tono festivo y ligero.)  
Ricardo.
- RIC. Qué?
- EMILIA. Deseaba  
consultarte una cuestión,

que con tanta discusion  
inútil se me olvidaba.

RIC. Qué es ello?

EMILIA. Nada de riña:  
detalles del interior.

¿Qué colegio hallas mejor  
para educar á la niña?

RIC. Tú dirás.

EMILIA. La mandaré  
á las Ursulinas.

RIC. No;  
edúcala en casa.

EMILIA. Yo  
no lo quisiera...

RIC. Por qué?

EMILIA. Porque, aunque es muy niña, tiene  
precocidad singular...

y aquí... se puede enterar...  
de cosas... que no conviene.

RIC. Qué escrúpulos tan extraños  
te vienen siempre á asaltar!  
¿De qué se puede enterar  
una niña de seis años?

EMILIA. Tu hija es una centella;  
y aquí el servicio... y el roce...  
ya lo verás, se conoce  
que te fijas poco en ella!

(Con risueña fruicion.)

Hoy, así que despertó,  
me dijo: dime, mamá,  
me quiere mucho papá?

—Hija, lo mismo que yo:  
por qué lo dices?—Lo digo  
porque yo nunca le veo,  
y ni me lleva á paseo  
ni viene á jugar conmigo.

RIC. Le debiste responder  
que yo estoy...

EMILIA. (Con ligereza y finísima ironía, sin perder la na-  
turalidad.)

Pues claro está!

Le he dicho que su papá

tiene... otras cosas que hacer.

Los hombres tienen deberes  
apremiantes y prolijos,  
y el cuidado de los hijos  
pertenece á las mujeres.

RIC. Procura formar su instinto  
en la moral más severa:  
uno será lo que quiera,  
una mujer es distinto.  
Ellas penden de un cabello!

EMILIA. Y ellos consagran su edad  
al bien de la sociedad.

RIC. Eso es.

EMILIA. ¡Y así anda ello!

Hé aquí una empresa en la cual  
puedes adquirir renombre:  
tú, que siempre has sido un hombre  
tan rígido en la moral,  
con tu doctrina ilustrada  
dale escudo que la guarde.

RIC. Eso haré: pero... más tarde,  
así que esté más formada.

EMILIA. (Con más fina y risueña ironía.)

Entónces valdrá un Perú.

¡Y qué placer tan cumplido  
si un día... encuentra un marido  
de talento... como tú!

RIC. (Después de haber recogido todas las alusiones con  
fingida serenidad, contesta con risueño y esquisito  
buen tono.)

Ya que con sarcasmo impío  
tu labio me reconviene;  
¿quieres decirme, quién tiene  
la culpa de mi extravío?

EMILIA. ¡Puede que la tenga yo! (Casi riendo.)

RIC. ¿Quién lo duda?

EMILIA. Verá usted

como al pobrecito fué  
su mujer quien le perdió!

RIC. (Muy natural.)

Plantearé la cuestión,  
y tú misma fallarás.



- EMILIA. (Con intencion grande.)  
Mira, Ricardo, que vas  
á llevar un revolcon!...
- RIC. Á llevarlo estoy dispuesto.
- EMILIA. Pues plantea cuando quieras.
- RIC. Va de veras.
- EMILIA. Muy de veras.
- RIC. Sin retintin.
- EMILIA. Por supuesto.  
(Se sientan junto al velador.)
- RIC. Al ir á ser tu marido,  
concederás de buen grado  
que hombre más enamorado  
no se casa.
- EMILIA. (Encogiéndose de hombros con indiferencia.)  
Concedido.
- RIC. Entre las bellas sin cuento  
de nuestro rango social,  
nunca te encontré rival  
en belleza ni en talento.
- EMILIA. (Con agradecimiento y cortesía.)  
Hombre, qué galante estás!...
- RIC. Al tratarse de mi esposa  
tal vez le niegue otra cosa,  
pero justicia, jamás;  
ya sé yo que la fe rica  
de nueslra ilusion primera  
es un ave pasajera,  
que si bien se domestica,  
aunque le den un palacio  
por jaula, se cansa de él  
y un dia salva el dintel  
y á cruzar vuelve el espacio.  
Sería un insigne error  
mirarlo bajo otro prisma,  
nunca pasó de un sofisma  
la eternidad del amor.  
Huye sin decir adios,  
pero deja alguna cosa  
de intimidad cariñosa  
que falta en nosotros dos.  
¿Por qué falta? No lo sé,

ni nunca lo he puesto en claro.

EMILIA. (Con amarga sonrisa.)  
¿En dos años? Es muy raro  
que no sepas el por qué!

Ric. Lo que es sobre eso, en la vida  
me hubiera ocurrido hablarte:  
hay en ello alguna parte  
de dignidad ofendida:  
pues, dos años debe haber,  
que al venir aquí el esposo  
á buscar el delicioso  
coloquio de su mujer,  
impidiéndole la entrada  
con acento harto severo,  
le dijiste: «Caballero,  
(Señalando la puerta por donde entró.)  
esa puerta está cerrada.»  
Tomé tu frase en el acto,  
por pique de una alma ilusa,  
y en vano esperé una excusa  
que aún no ha venido.

EMILIA. (Con gravedad.) Es exacto.

Ric. Siguió á eso un trato frío  
que nuestro amor dispó,  
y el buen tono se encargó  
de llenar aquel vacío.  
Y admirando siempre toda  
la extension de tus encantos,  
hemos hecho uno de tantos  
matrimonios á la moda.  
Yo era jóven, y el placer  
confieso que me arrastraba.  
¿Si mi mujer no me amaba,  
qué había de suceder?  
Que si hoy por mi desvarío  
tu labio me reconviene,  
dime tú misma quién tiene  
la culpa de mi extravío.

EMILIA. No es fácil que nuestro acento  
convenga en cuestion tan seria,  
cuando uno habla de materia  
y otro habla de sentimiento,

yo siempre había creído,  
por ignorancia quizás,  
que el amor era algo más  
que ese amor que tú has sentido,  
y que la ley del deber  
obligaba al cumplimiento  
de un sagrado juramento  
hecho á Dios y á la mujer.  
La fe que tu honor juró  
poniendo á Dios por testigo;  
¿antes de romper contigo  
lo guardaste, si ó no?  
Sé leal.

RIC. (Embarazado ) Dios nos impuso  
esas leyes, y aunque suaves,  
á fuer de antiguas ya sabes  
que han caído algo en desuso:  
y como el hombre disfruta  
cierta libertad de acción,  
sabes que sus faltas son  
sólo *peccata minuta*.

EMILIA. Lo que yo sé, es que no es dable  
cuando un hombre á otro se obliga,  
faltar, sin que el mundo diga,  
«ese hombre es un miserable;»  
y de la fe quebrantada  
por malicia ó por traición,  
suelen pedirle razón  
con la punta de una espada,  
y le obligan á salir  
de su infamia á responder:  
sólo la pobre mujer  
es quien no puede pedir.

RIC. La cuestión de los deberes  
es una cuestión moral  
de un orden trascendental,  
que no alcanzan las mujeres.

EMILIA. No dudo que sea así,  
mas no sirven evasiones,  
yo no discuto cuestiones,  
sólo te discuto á tí.

RIC. Hazlo sin dificultad,

que estoy dispuesto á escucharte,  
mas no olvides que soy parte  
de una colectividad.

EMILIA. (Con seguridad y aplomo.)  
Tenía yo una alborada  
de ilusion y de ternura,  
en cada flor de mi pura  
corona de desposada;  
y nunca pude pensar  
sin lastimar tu decoro,  
que al ~~poco~~ *parte* aquel tesoro  
me lo pudieses robar:  
y que un hombre caballero  
sostuviera en su impudencia:  
«yo que no tengo más creencia  
»que la del placer grosero  
(Con creciente excitacion.)  
»en mi proceder bastardo  
»aún vengo á exigir de tí,  
»que guardes fiel para mi  
»un honor que yo no guardo.  
»Y como es débil tu ser  
»y hay que luchar con fiereza,  
»te exijo la fortaleza  
»que yo no puedo tener.  
»Porque para mí, hay la vida  
»de goce y holgura extrema;  
»para tí, no hay más dilema  
»que ser mártir ó perdida.»  
(Transición á una ligereza irónica.)  
Hay lógica, eh?

RIC. (Desconcertado, pero fingiendo serena formalidad.)

Segun  
como interpretarse quiera;  
hay que distinguir.

EMILIA. (Con aparente calma.) Espera,  
que no he concluido aún.  
(Con decepcion.)

Cuando ve la pobre esposa  
que el amor se deja atrás,  
y que la vida no es más  
que esa repugnante prosa,

y no encuentra compensada  
su pasión de ningún modo,  
y á cambio de darlo todo,  
ella no recoge nada;  
ante esa doble tensión  
de sufrir y de querer,  
no dudas que esa mujer  
padece del corazón.  
Y en la soledad quizás,  
su amargura devorando,  
lo va llenando y llenando  
hasta que no cabe más:  
y cuando al fin el quebranto  
hace saltar los cerrojos,  
el corazón á los ojos  
empuja un raudal de llanto,  
y hasta que los desengaños  
agoten todo el dolor,  
la que tiene mucho amor  
puede llorar muchos años;  
pero al fin llega una hora  
en que el llanto ha concluido,

(Levantándose y en actitud intencionada y amenazadora.)

y entónces... ¡ay del marido  
cuando su mujer no llora!

RIC. (Impresionado y con ansiedad.)

¡Emilia!...

EMILIA. (Resuelta y llevando gradualmente la explosión de la dignidad ofendida.)

Pues qué has creído?

¿que al darte yo el alma mía,  
mi dignidad sufriría  
que la diceses al olvido,  
y en pago de un corazón  
que te daba sus latidos,  
atronasen mis oídos  
tus conquistas de salón,  
y que tu lengua, que allí  
tantos lauros conseguía,  
cuando á mi lado volvía  
fuese muda para mí;

(Con gesto de repugnancia.)

y extenuado de placeres  
vinieras á hacerme agravios,  
palpitando aun en tus labios  
los besos de otras mujeres?

(Con violenta y nerviosa resolucion.)

Ante afrenta tan prolija  
se arranca el amor de cuajo.

RIC. (Bajando la voz mucho, suplicante.)  
Más bajo, por Dios, más bajo,  
que lo puede oír mi hija.

EMILIA. (Reponiéndose y bajando el tono.)

Ante tu modo de obrar  
de ingratitud sin ejemplo,  
no consentí que este templo  
se viniese á profanar.

En él mi hija nació,  
y por eso aquella puerta  
que el amor dejaba abierta,  
la dignidad la cerró.

RIC. Basta... déjalo... y te ruego  
que no discutamos más...  
yo no imaginé jamás  
haberte hecho... ¿estaba ciego?...

EMILIA. Permíteme que me choque  
que tan ciego puedas ser.

¿Creiste que tu mujer  
era acaso de alcornoque?

Se subleva mi albedrío  
ante el ultraje ominoso  
de ser nunca de un esposo  
que no sea todo mío.

RIC. Cálmate y dime, si ahora  
quisiera serlo, ¿qué harías?

EMILIA. (Con frialdad absoluta.)

Decirte que te expondrías  
á haber llegado á deshora.

RIC. No obstante, ántes de irte al lecho  
quieres hacerme un favor?

EMILIA. Cuál?

RIC. Regalarme la flor  
que tienes puesta en el pecho.

EMILIA. Esta?

RIC. Sí.

EMILIA. No, por mi vida.

RIC. No quieres que yo la guarde?

EMILIA. Hasta en eso llegas tarde:  
la tengo comprometida.

RIC. Ah! sí?

EMILIA. Lo siento.

RIC. Y... á quién?

EMILIA. Á uno, que en forma esquisita  
me dijo, que aun marchita,  
juraba guardarla bien.

RIC. Emilia, tú tienes hoy  
mi salvacion en tu mano:  
dame esa flor.

EMILIA. Es en vano.

RIC. Te la exijo.

EMILIA. (Con entereza.) No la doy.

RIC. (Sentido.) Si á toda voz de mi amor  
está tu pecho cerrado,  
debiste haberte callado  
y hubieras hecho mejor.

EMILIA. Recuerda que entre los dos  
manan sangre las heridas.

RIC. Si no perdonas ni olvidas  
no sé qué decirte. Adios.

EMILIA. Que descanses.

RIC. Ni aun me das  
la mano?

EMILIA. La mano sí.

RIC. (Tomándosela y teniéndola con sentida resolucion.)

Emila, salgo de aquí  
y no vuelvo á entrar jamás.  
Culpa solo tu entereza  
si un dia me reconvienes.

EMILIA. (Sollando, encogiéndose de hombros y mirándole  
con ternura en la frente.)

¡Qué remedio! Mira, tienes  
una cana en la cabeza.

RIC. ¡Bonito descubrimiento!

EMILIA. Espera, que está muy fea,  
parece un tope que ondea

bandera de parlamento.

(Va por las pinzas al neceser y vuelve.)

Ya que tan poco donaire  
tienes hoy en discutir,  
siquiera podrás decir  
que echaste una cana al aire.

RIC. Me habrá salido temprano  
de ver tu pena quizá.

EMILIA Si fuese de eso, tiempo ha  
que debieras estar cano.  
No obstante, quiero pagar  
mis cuenta al maravedí,  
si te ha salido por mí,  
yo te la voy á quitar.

RIC. Es capricho?

EMILIA. Puede. Estás  
muy alto.

RIC. Me bajaré.

(Emilia coloca la palmatoria en el borde del velador y se sienta en una silla ó sillón bajo; á la izquierda.)

EMILIA. Ven acá.

RIC. (Inclinándose mucho.) Llegas?

EMILIA. No á fe.

Baja más, un poco más.

(Ricardo habrá ido bajándose hasta tener precisión de doblar una rodilla.)

Así. (Se la quita.) La ves? ya salió.

RIC. Gracias, hija. (En actitud de levantarse.)

EMILIA. (Reteniéndole.) Espera.

RIC. ¿Hay más?

EMILIA. (Sonriendo.) No: pero ~~que~~ ahora que estás  
de rodillas, habla.

RIC. (Reparando en ello.) Yo?

Con harta razón me humillas,  
porque he sido un Lucifer,  
y ante tí, santa mujer,  
bien puedo estar de rodillas.

EMILIA. (Profundamente conmovida.)

Levanta, Ricardo mío!

(Con tiernísima melancolía mostrándole la cana.)  
Hé aquí el color externo



*stelon*

del primer cisne de invierno  
que anuncia el rigor del frío.  
Dicen, que al verle asomar,  
hasta el que en los valles mora  
va comprendiendo que es hora  
de recogerse al hogar.

Nuestra juventud es breve  
y pierde pronto su esmalte,  
(Prorumpiendo en llanto.)

yo no quiero que te falte  
abrigo al venir la nieve.

RIC. (Loco de ternura y alegría.)

Bien haya el que me cerró  
hoy de mi cuarto la puerta,  
que en cambio me deja abierta  
la del cielo.

EMILIA. (Sonriendo.) He sido yo.

RIC. Tú?

EMILIA. Yo misma.

RIC. Ah mi tesoro,

ángel de mis buenos días,  
seré bueno: aunque te rias!

EMILIA. Tonto, pues no ves que lloro!

Era un dolor tan tenaz  
tu indiferencia inhumana,  
que de tu primera cana  
quise hacer iris de paz:  
me empeñó mi amor en ello,  
y amando, ántes de ceder  
se defiende la mujer

hasta ASIRSE DE UN CABELLO.

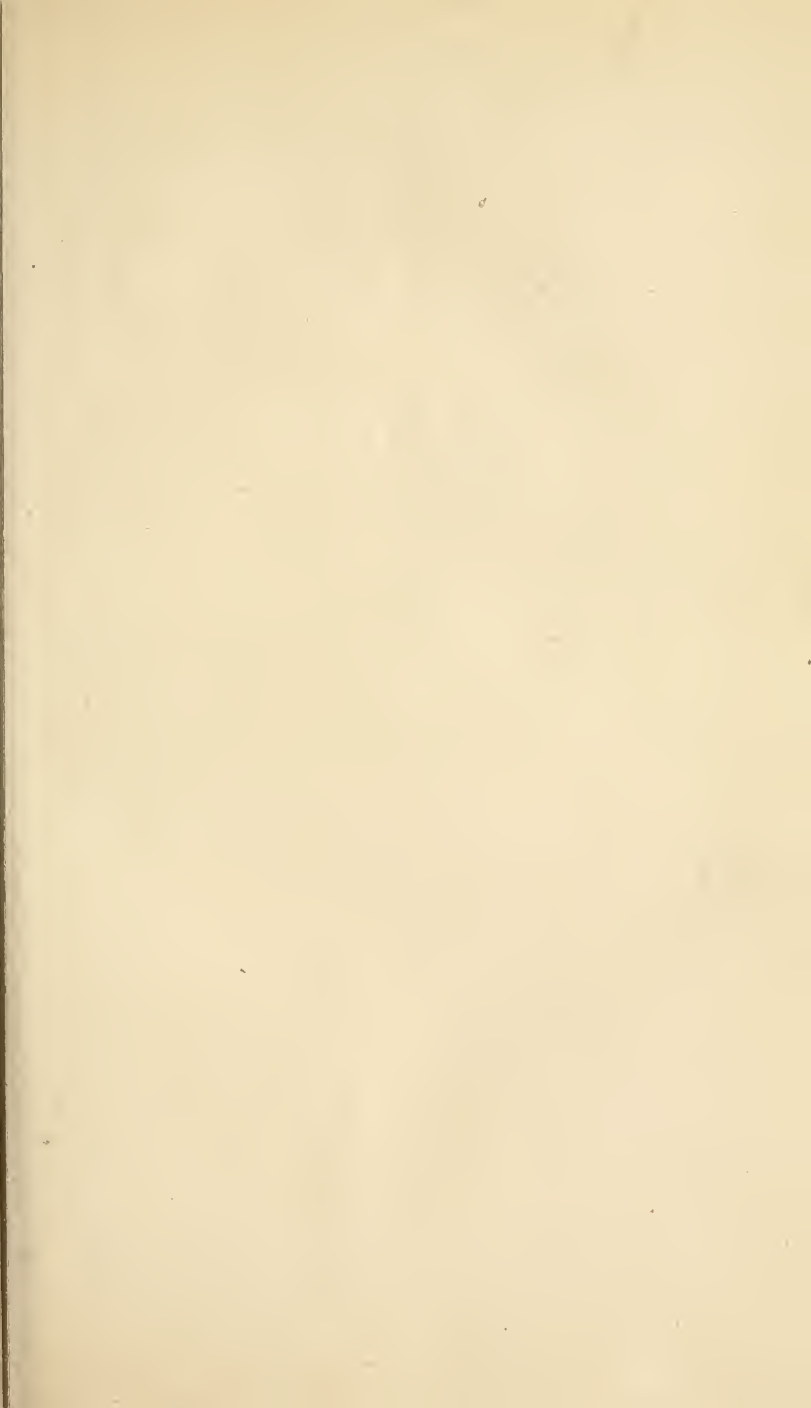
(Ricardo la abraza mirando la flor que tiene en el  
pecho, ella lo comprende, se la quita y se la da.  
Aprieta suavemente la flor y la mano de Emilia so-  
bre su corazón con la derecha, la abraza con la iz-  
quierda mirándose cariñosamente en sus ojos y cae  
el telón.)

FIN DEL PASILLO.

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.*  
*Madrid 14 de Abril de 1868.*

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.





## ZARZUELAS.

Quelero... de tontos.....	1	Sres. Granés y Varios...	L.
Para ira paciencia.....	1	D. Federico de Olona..	L.
Amor y celos.....	1	C Navarro.....	L. y M.
El tío del Gallego.....	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto.....	L. y M.
Amorías.....	1	Sres. Barranco, Ossorio, y Bernard.....	L. y M.
Los cazadores.....	1	D. G. Cereceda.....	M.
Los duelos con pan son menos. ....	1	Sres. Fovedano, Granés, y Prieto. ....	L. y M.
La era, 7, 3.º.....	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
El ojo de la bruja. ....	3	D. Emilio Álvarez.....	L.
La ma, Juanita y Juanilla.....	3	Emilio Álvarez.....	L.
La banda del Rey.....	3	Sres. Álvarez y Caba- llero.....	L. y ½ M.
De ascuas.....	3	D. Emilio Álvarez.....	L.

## PUNTOS DE VENTA.

---

### MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

### PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

### PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—  
Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.